

Las aventuras del último abencerraje

**François Auguste de
Chateaubriand**



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

www.luarna.com

LAS AVENTURAS DEL ÚLTIMO ABENCERRAJE

Cuando Boabdil, último rey de Granada, se vio obligado a abandonar el reino de sus padres, se detuvo en la cima del monte Padul, desde donde se descubría el mar en que el desventurado Monarca iba a embarcarse para el África; descubriase también a Granada, la Vega y el Genil, en cuyas orillas se alzaban las tiendas del campamento de Fernando e Isabel. A la vista de tan delicioso país, y de los cipreses que aun señalaban aquí y acullá los sepulcros de los musulmanes, Boabdil rompió en acerbo llanto. Su madre, la sultana Aïxa, que le acompañaba en el destierro con los grandes que un tiempo componían su corte, le dijo: «Llora como una mujer la pérdida de un reino que no has sabido defender como hombre.» Bajaron de la montaña, y Granada se ocultó para siempre a sus ojos.

Los moros españoles, que compartieron la suerte de su rey, se dispersaron por el Africa. Las tribus de los zegríes y los gomeles se establecieron en el reino de Fez, de que eran descendientes. Los vangas y los alabes se detuvieron en la costa, desde Orán hasta Argel, y por último, los abencerrajes fijaron su morada en las inmediaciones de Túnez,

formando en frente de las ruinas de Cartago una colonia que todavía se distingue de los moros africanos por la elegancia de sus costumbres y la benignidad de sus leyes.

Estas familias llevaron a su nueva patria el recuerdo de la antigua. El Paraíso de Granada no se borraba de su memoria; las madres repetían su nombre a sus hijos aun en la lactancia, y los adormecían con los romances de los zegríes y los abencerrajes. De cinco en cinco días oraban en la mezquita volviéndose hacia Granada, para conseguir de Alá restituyese a sus elegidos aquella tierra deliciosa. El país de los lotófagos ofrecía en vano a los desterrados sus frutos, sus aguas, su frondosidad y su brillante sol; que lejos de las Torres rojas, no había ni frutos agradables, ni corrientes cristalinas, ni fresco verdor, ni sol digno de ser admirado. Si se mostraban a algún proscrito las llanuras del Bragada, sacudía tristemente la cabeza y exclamaba suspirando: -¡Granada!

Los abencerrajes conservaban especialmente el más tierno y fiel recuerdo de la patria, pues habían dejado con mortal amargura el teatro de su gloria, y las márgenes que tantas veces hicieran resonar a este entusiasta grito de guerra: «¡Honor y

amor!» No pudiendo ya manejar la lanza en los desiertos, ni cubrirse con el casco en una colonia de labradores, habíanse consagrado al estudio de los simples, profesión tan estimada entre los árabes como la de las armas. Así, pues, la raza guerrera, que en otro tiempo abría heridas, ocupábase ya en el arte precioso de curarlas; en lo cual conservaba algo de su primitivo genio, porque los caballeros acostumbraban curar por sí mismos las heridas del enemigo que habían derribado.

La cabaña de esta familia, antigua poseedora de suntuosos palacios, no estaba situada entre las de los demás desterrados, al pie del monte Mamelife, sino entre las mismas ruinas de Cartago, a orillas del mar, en el lugar donde San Luis murió en su lecho de ceniza, y donde se ve en la actualidad una ermita mahometana. De las paredes de la cabaña pendían escudos de piel de león, que ostentaban sobre campo azul dos salvajes que derribaban una ciudad con sus mazas; en derredor de esta divisa se leían estas palabras: ¡Qué bagatela! - armas y divisa de los abencerrajes. Veíanse lanzas adornadas de pendones blancos y azules, albornoces y casacas de raso acuchilladas, detrás de los escudos, y brillaban en medio de las cimitarras y las dagas. Veíanse también colgados en desorden

guantes de batalla, frenos incrustados de piedras preciosas, anchos estribos de plata, largas espadas, cuya vaina había sido bordada, por la mano de princesas, y espuelas de oro que las yseult, las genievres y las orianas calzaran en días más felices a denodados paladines.

Al pie de estos trofeos de gloria, mostrábase los de una vida pacífica: plantas cogidas en las cumbres del Atlas y en el desierto de Sahara, y muchas habían sido traídas de la vega de Granada. Unas eran propias para curar los males del cuerpo, otras extendían su poder a los del alma; pero los abencerrajes estimaban especialmente las que servían para calmar los vanos pesares, las locas ilusiones y esas esperanzas de felicidad siempre renacientes y siempre desvanecidas. Por desgracia, muchos de aquellos simples tenían virtudes harto opuestas, y acontecía con frecuencia que el perfume de una flor de la patria era una especie de veneno para los ilustres proscriptos. Veinticuatro años habían transcurrido desde la toma de Granada. En este breve espacio de tiempo, habían sucumbido catorce abencerrajes a la influencia de un nuevo clima, a los azares de tina vida errante, y especialmente a esos ocultos pesares que miran sordamente las fuerzas humanas. Un solo vástago

era toda la esperanza de esta famosa casa. Aben-Hamet, que llevaba el nombre del abencerraje, acusado por los zegríes de haber seducido a la sultana Alfaïma, reunía en su persona la hermosura, el valor, la cortesanía y la generosidad de sus antepasados, a la par de ese tranquilo brillo y esa ligera expresión de melancolía que imprime el infortunio noblemente sufrido, y contaba sólo veintidós años al perder su padre. Resolvió entonces hacer una peregrinación al país de sus mayores, fin de satisfacer la necesidad de su corazón y realizar un designio que ocultó con esmero a su madre.

Embarcóse en la escala de Túnez, y conducido por un viento favorable a Cartagena, saltó en tierra y tomó el camino de Granada, anunciándose como un médico árabe que iba a herborizar a Sierra Nevada. Una pacífica mula le llevaba lentamente al país donde los abencerrajes volaban en otro tiempo caballeros sobre belicosos corceles; precedíale un guía, conduciendo otras dos mulas adornadas de cascabeles y de moños de lana de diferentes colores, Aben-Hamet atravesó los vastos matorrales y los bosquecillos de palmeras del reino de Murcia, y juzgando por su vejez que habían sido plantadas por sus padres, apoderóse de su corazón honda amargura. Aquí se elevaba una torre donde velaba

el centinela, en tiempo, de la guerra de los moros y los cristianos allí se dejaba ver una ruina, cuya, arquitectura anunciaba su origen morisco: nuevo motivo de dolor para el abencerraje, que se apeaba de su mula, y bajo pretexto de buscar ciertas plantas, se ocultaba en aquellos tristes despojos del tiempo, para dar rienda suelta a sus lágrimas. Volvía luego a emprender su camino, abismado en mil ideas fantásticas, al estrépito de las campanillas de la caravana y al monótono canto de su guía, que no interrumpía su largo romance sino para animar sus mulas, apellidándolas gallardas y valerosas, o para increparlas con los nombres de perezosas y tercas.

Los rebaños de carneros que un pastor conducía por las amarillas o incultas llanuras, y algunos aislados viajeros, lejos de esparcir la animación y la vida en el camino, servían únicamente para hacerlo más triste y desierto. Todos aquellos viajeros ceñían una larga tizona, se cubrían con su capa, y un ancho sombrero inclinado hacia delante les cubría medio rostro. Saludaban al paso a Aben-Hamet, que sólo distinguía en aquel noble saludo los nombres de Dios, señor y caballero. Cuando cerraba la noche, el abencerraje se sentaba en la venta, en medio de los extranjeros, sin que le ofendiese una indiscreta curiosidad, pues nadie le

hablaba ni le dirigía pregunta alguna, porque ni su turbante, ni su traje, ni sus armas excitaban la menor admiración. Puesto que Alá habla querido que los moros de España perdiesen su hermosa patria, Aben-Hamet no podía dejar de estimar a los graves conquistadores.

Más vivas aún eran las emociones que esperaban al abencerraje al término de su excursión. Granada está construida al pie de Sierra Nevada, sobre dos enhiestas colinas, separadas por un profundo valle. Las casas, situadas en el declive de las colinas, en el fondo de aquél, dan a la ciudad el aspecto y la forma de una granada entreabierta, circunstancia a que debe su nombre. Dos ríos, el Genil y el Darro, de los cuales el uno arrastra pajillas de oro, y el otro arenas de plata, bañan el pie de las colinas, y se reúnen y serpentean en una llanura encantadora, llamada la Vega. Esta llanura, sobre la cual descuella Granada, está cubierta de viñedos, granados, higueras, moreras y naranjos, y rodeada de montañas de forma y color admirables. Un cielo encantado y un ambiente puro y delicioso abisman el alma en una secreta languidez de que cuesta trabajo librarse al viajero que no hace sino pasar. Echase bien de ver que en semejante país las pasiones tiernas hubieran sofocado en breve las pa-

siones heroicas, si el amor, para ser verdadero, no necesitase siempre apoyarse en la gloria.

Cuando Aben-Hamet descubrió los remates de los primeros edificios de Granada, su corazón palpitó con tanta violencia, que se vio precisado a detener su mula; así es que, cruzando los brazos sobre el pecho y fijos sus ojos en la sagrada ciudad, permaneció mudo e inmóvil. El guía se detuvo a su vez, y como un español comprende fácilmente todos los sentimientos elevados, mostróse conmovido y adivinó que el moro pensaba en su antigua patria. El abencerraje rompió al fin su silencio, y dijo:

-¡Guía, sed feliz! No me ocultes la verdad, porque la calma reinaba en las olas el día de tu nacimiento, y la luna entraba en su creciente. ¿Qué torres son esas que brillan a manera de estrellas sobre aquel frondoso bosque?

-Es la Alhambra -repuso el guía.

-¿Y ese otro castillo que descuella sobre esa colina?

-Es el Generalife; hay en este palacio un jardín plantado de mirtos, donde es fama que un abencerraje fue sorprendido con la sultana Alfaïma.

Más allá verás el Albaycín, y más cerca de nosotros las Torres rojas.

Cada palabra del guía desgarraba el corazón de Aben-Hamet. ¡Cuán cruel es haber de recurrir a los extranjeros para conocer los monumentos de nuestros padres, y hacerse narrar por hombres indiferentes la historia de nuestra familia y nuestros amigos! El guía, interrumpiendo las reflexiones de Aben-Hamet, exclamó:

-Marchemos, señor moro; ¡Dios lo ha querido así! Cobrad aliento. ¿No está hoy mismo prisionero en nuestro Madrid, Francisco I? ¡Dios lo ha dispuesto! -Esto dicho, descubrió su cabeza, santiaguóse y espoleó sus mulas. El abencerraje hizo lo mismo con la suya, y exclamó:

-¡Estaba escrito! -y se encaminaron a Granada.

Pasaron cerca del grueso fresno, célebre, por el combate de Muza y del gran maestro de Calatrava, en tiempo del último rey de Granada. Dieron la vuelta al paseo de la alameda, y entraron en la ciudad por la Puerta de Elvira. Subieron a la Rambla, y llegaron poco después a una plaza rodeada por todas partes de casas de arquitectura morisca.

En la plaza se veía un kan construido por los moros de Africa, a quienes el comercio de sedas de la Vega atraía en considerable número a Granada. El guía condujo al kan a Aben-Hamet.

Este se sentía harto agitado para disfrutar un poco de reposo en su nueva vivienda: la patria le atormentaba. No pudiendo hacerse superior a los sentimientos que agitaban su corazón, salió a media noche para vagar por las calles de Granada, procurando reconocer con sus ojos y sus manos algunos de los monumentos que tantas veces le habían descrito los ancianos. Tal vez aquel alto edificio cuyas paredes vislumbraba al través de las tinieblas, era la antigua morada de los abencerrajes; tal vez, en aquella plaza solitaria se celebraban las fiestas que levantarán hasta las nubes la gloria de Granada. Por allí pasaban las cuadrillas soberbiamente vestidas de brocados; más allá se adelantaban las galeras rargadas de armas y de flores, los dragones que vomitaban fuego y que ocultaban en su seno ilustres guerreros: ingeniosas invenciones del placer y de la galantería.

Mas, ¡ay! en vez del marcial sonido de los añafles, del eco de las trompetas y de los cantos del amor, reinaba un silencio profundo en torno de

AbenHamet. La muda ciudad había cambiado de habitantes, y los vencedores descansaban en el lecho de los vencidos.

-¡Los altivos españoles -exclamó el joven é indignado moro,- duermen a la sombra de los techos de que han desterrado a mis abuelos! ¡Y yo, abencerraje, velo desconocido, solitario y abandonado, a la puerta del palacio de mis padres!

Y reflexionaba sobre la inestabilidad de los destinos humanos, sobre las vicisitudes de la fortuna, sobre la caída de los imperios, y en fin, sobre aquella Granada sorprendida por sus enemigos en medio de sus, placeres, y trocando repentinamente sus guirnaldas de flores por rudas cadenas; parecía ver a sus pobladores abandonando sus hogares en traje de fiesta, a manera de los convidados que, en medio del regocijo de un banquete, son de improviso expulsados, por un incendio, de la sala del festín.

Todas estas imágenes, todos estos pensamientos se aglomeraban en el alma de AbenHamet, que lleno de dolor y pesar, se proponía realizar el proyecto que le había llevado a Granada. El Abencerraje se había extraviado, y se hallaba lejos del kan, en un retirado arrabal de la ciudad. Todo

dormía; ningún rumor interrumpía el silencio de las calles; las puertas y, las ventanas estaban cerradas, y sólo el canto del gallo anunciaba en la habitación del pobre la vuelta de los trabajos y los pesares.

Después de haber vagado mucho tiempo sin serle posible volver a hallar su primer camino, Aben-Hamet oyó entreabrirse una puerta, y fijando en ella su vista, vio salir una joven vestida casi como esas reinas góticas esculpidas en los monumentos de nuestras antiguas abadías. Su corpiño negro, adornado de azabaches, oprimía su esbelta cintura; su saya corta, estrecha y sin pliegues, descubría una torneada pierna y un lindo pie; una mantilla, negra también, envolvía su gentil cabeza, y con la mano izquierda cruzaba y cerraba su mantilla bajo la barba, de tal suerte, que no se descubrían de su rostro sino los rasgados ojos y la sonrosada boca. Acompañábala una dueña, un escudero la precedía llevando en la mano un devocionario, y dos pajes, adornados con sus colores, seguían a escasa distancia a la bella incógnita, que se dirigía a la oración matutina, a la que convocaba el tañido de la campana de un vecino monasterio.

Aben-Hamet creyó ver en aquella aparición al ángel Israfil o la más joven de las Huríes. No me-

nos sorprendida miraba la española al abencerraje, cuyo turbante, traje y armas, daban nuevo realce a su apuesto continente. Repuesta de su primer asombro, hizo al extranjero una señal para que se acercara, con esa gracia y ese desembarazo que caracterizan a las mujeres de aquel país.

-Señor moro- le dijo,- paréceme sois recién llegado a Granada, ¿acaso os habéis extraviado?

-Sultana de las flores -repuso Aben-Hamet; delicia de los ojos de los hombres, ¡oh, esclava cristiana! más hermosa que las vírgenes de la Georgia, tú lo has adivinado: soy extranjero en esta ciudad querida, y habiéndome perdido entre estos palacios, no he podido volver al kan de los moros. ¡Toque Mahoma tu corazón, y recompense tu hospitalidad!

-Proverbial es la galantería de los moros - respondió la española con la más dulce sonrisa,- pero ni soy sultana de las flores, ni esclava, ni me satisface verme recomendada a Mahoma. Seguidme, señor caballero, y os acompañaré al kan de los moros.

Y marchando con ligero paso delante del abencerraje, le condujo hasta la puerta del kan, que

le mostró con la mano; pasó a espaldas de un palacio y desapareció.

¡De cuán poco depende la paz de nuestra vida! La patria no ocupa ya sola y por entero el alma de Aben-Hamet: Granada no es a sus ojos un desierto, una ciudad abandonada, viuda y solitaria; es más cara a su corazón que antes, pues un nuevo prestigio embellece sus ruinas, porque al recuerdo de sus mayores mézclase ahora otro encanto. Aben-Hamet había descubierto el cementerio en que descansaban las cenizas de los abencerrajes; pero al orar, al prosternarse, al derramar por su memoria filiales lágrimas, piensa que la joven española ha pasado alguna vez sobre aquellos sepulcros, y sus antepasados, aunque difuntos, le parecen felices.

En vano intenta ocuparse exclusivamente de su peregrinación al país de sus padres; en vano recorre las colinas del Darro y del Genil, para recolectar plantas al amanecer, pues la flor que ahora busca es la hermosa cristiana. ¡Cuán inútiles esfuerzos ha hecho ya para volver a hallar el palacio de su encantadora! ¡Cuántas veces ha intentado volver a pasar las calles que le hiciera recorrer su divino guía! ¡Cuántas ha creído reconocer el tañido

de aquella campana y el canto de aquel gallo que oyera no lejos de la morada de la peregrina española! Alucinado por iguales rumores, corre presuroso al paraje donde se escucharan; mas el mágico palacio no se presenta a su vista. Y acaecíale también que el uniforme traje de las granadinas le inspiraba una fugaz esperanza, porque a cierta distancia todas las cristianas se parecían a la señora de su corazón, y era el caso que miradas de cerca, ni una siquiera atesoraba su hermosura y sus gracias. Aben-Hamet había recorrido las iglesias para descubrir la extranjera, y hasta había penetrado en las sepulturas de Fernando e Isabel, siendo éste el más costoso sacrificio que hasta entonces hiciera en aras del amor.

Cierto día herborizaba en el valle del Darro. La colina meridional sostenía en su florida pendiente las murallas de la Alhambra y los jardines del Generalife, y la septentrional estaba decorada por el Albaycín, por risueños vergeles y por grutas habitadas por un pueblo numeroso. A la extremidad occidental del valle descubriáanse los campanarios de Granada, que descollaban agrupados sobre las encinas y los cipreses, y en la oriental veíanse sobre las crestas de los peñascos, conventos, ermitas, algunas ruinas de la antigua Iliberia, y allá en lonta-

nanza las erguidas cumbres de Sierra Nevada. El Darro corría por el centro del valle y presentaba a lo largo de su corriente pintorescos molinos, sonoras cascadas, los rotos arcos de un acueducto romano, y los restos de un puente morisco.

Aben-Hamet no era a la sazón ni bastante desgraciado ni bastante dichoso para disfrutar de lleno los encantos de la soledad, por lo cual recorría distraído o indiferente aquellas encantadoras márgenes. Mas he aquí que marchando a la ventura, y siguiendo una espesa alameda que rodeaba la colina de Albaycín, no tardó en mostrarse a sus ojos una casa de campo, rodeada de un bosquecillo de naranjos, en cuya inmediación oyó los sonidos de una voz y una guitarra. Existen tan misteriosas relaciones entre la voz, el rostro y las miradas de una mujer, que nunca se equivoca en tales materias el hombre a quien el amor tiraniza.

-¡Es mi hurí! -exclamó ebrio de gozo Aben-Hamet, y aplicando atento oído con él corazón palpitante, los latidos de éste se aceleraban al nombre de los abencerrajes, muchas veces repetido. La desconocida cantaba un romance castellano en que se pintaba la historia de los abencerrajes y zegríes.

Aben-Hamet no pudo resistir su emoción, y saltando una cerca de mirtos, fue a dar en medio de un grupo de apuestas y jóvenes damas, que asustadas a tan extraña y no imprevista aparición, apelaron a la fuga con no pequeña gritería. Mas, la española que acababa de cantar y que aún tenía la guitarra, exclamó, sin dar muestra alguno, de susto;

-¡Es el señor moro! -Y llamó a sus tímidas compañeras.

-¡Favorita de los genios! -le dijo el gallardo abencerraje,- yo te buscaba como busca el árabe una fuente en los rigores del mediodía; he oído los ecos de tu guitarra, que celebraba los héroes de mi país, y habiéndote adivinado en la dulzura de tus acentos, vengo a poner a tus plantas el corazón de Aben-Hamet.

-Y yo -repuso doña Blanca,- cantaba el romance de los abencerrajes, ocupada la mente en vos, porque después de haberos visto, me he dado a imaginar que esos caballeros moros se os parecen mucho.

Y un ligero carmín se esparció por las mejillas de Blanca, no bien hubo pronunciado tales palabras. Aben-Hamet se sintió inclinado a arrodillarse

a los pies de la joven cristiana, y a declararle que era el último abencerraje; detúvole empero un resto de prudencia, pues temía, no sin razón, que su nombre, harto célebre en Granada, inspirase recelos al gobernador. La guerra de los moriscos no había terminado aún, y la presencia de un abencerraja en aquellos momentos podía despertar en los españoles fundados temores. Y no era que Aben-Hamet retrocediese ante peligro alguno, sino que se estremecía a la idea de verse obligado alejarse para siempre de la hija de don Rodrigo.

Doña Blanca era vástago de una familia descendiente del Cid de Vivar y de Jimena, hija del Conde Gómez de Gormaz. La posteridad del vencedor de Valencia la Hermosa cayó, merced a la ingratitud de la corte de Castilla, en una extremada pobreza, y hasta se llegó a creer por espacio de algunos siglos, que se había extinguido: ¡tanta llegó a ser su inmerecida obscuridad! Pero en tiempo de la conquista de Granada, un último retoño de la alcurnia de los Vivar se hizo reconocer, menos en verdad por los títulos de su cuna, que por el brillo de su valor. Por todo esto, después de la expulsión de los infieles, Fernando otorgó al digno descendiente del Cid los bienes de muchas familias moras, y le hizo Duque de Santa Fe. El nuevo Duque fijó su residen-

cia en Granada, y murió mozo aún, dejando ya casado a don Rodrigo, su hijo único, y padre de Blanca.

Doña Teresa de Jerez, esposa de don Rodrigo, dio a luz un hijo, que recibió al nacer el nombre, de Rodrigo, como todos sus ascendientes; pero diósele también el de Carlos, para distinguirlo de su padre. Los grandes acontecimientos que don Carlos tuvo a la vista desde su más tierna juventud, y los peligros de que se viera rodeado casi al salir de la infancia; contribuyeron poderosamente, a hacer más grave y rígido un carácter naturalmente inclinado a la austeridad. Contaba apenas catorce años don Carlos, cuando siguió a Cortés a Méjico, donde había sufrido todos los peligros y sido testigo de todos los horrores de tan maravillosa aventura, presenciando la calda del último rey de un mundo hasta entonces desconocido. Tres años después de tamaña catástrofe, don Carlos se había hallado en Europa en la batalla de Pavía, como para ver sucumbir el honor y el denuedo coronados, a los golpes de la contraria fortuna. La vista de un nuevo universo, los dilatados viajes por aun no recorridos mares, el espectáculo de grandes revoluciones y vicisitudes de la suerte, habían impresionado enérgicamente la imaginación religiosa y melancólica de

don Carlos, que habiendo entrado en la orden de caballería de Calatrava, y renunciando al matrimonio a pesar de los ruegos de don Rodrigo, destinaba todos sus bienes a su hermana.

Blanca de Vivar, hermana única de don Carlos, y mucho más joven que él, era el ídolo de su padre, y habiendo perdido a su madre, había cumplido dieciocho años cuando Aben-Hamet se presentó en Granada. Todo era seducción en aquella mujer encantadora: su voz era embriagadora, su baile más leve que el céfiro; ora se complacía en guiar un carro, como Armida; ora volaba sobre el más veloz corcel de Andalucía, como las liadas fantásticas que se aparecían a Tristán y a Galaor en los bosques. Atenas la hubiera tomado por Aspasia, y París por Diana de Poitiers, que empezaba a brillar en la corte. Empero a los encantos de una francesa reunía las pasiones de una española, y su natural coquetería en nada destruía el aplomo, la constancia, la fuerza y la elevación de los sentimientos.

Don Rodrigo había acudido presuroso a los gritos en que habían prorrumpido las jóvenes españolas, cuando Aben-Hamet, se lanzó al jardín.

-Padre mío- dijo Blanca, -ved aquí el señor moro de quien os he hablado, y que habiéndome oído cantar me ha reconocido, y ha entrado en el jardín para darme, gracias por haberle enseñado su camino.

El Duque de Santa Fe recibió al abencerraje con esa cortesía grave, y no obstante sencilla, propia de los españoles. No se advierte en esta nación ninguna de esas maneras serviles, ninguna de esas frases que revelan la bajeza de los pensamientos y la degradación del alma. El lenguaje del gran señor es igual al del rústico, igual el saludo, iguales los cumplimientos, las costumbres y usanzas. Y así como la confianza y la generosidad de este pueblo para con los extranjeros no conocen límites, así es terrible su venganza cuando se abusa de su buena fe, pues está, dotado de un valor heroico y de una paciencia a toda prueba, incapaz de ceder a la adversa fortuna, siéndole preciso dominarla o dejarse, abrumar por ella. Tiene poco de lo que se llama genio, pero sus exaltadas pasiones suplen en él esa luz que procede de la, delicadeza y la profusión de ideas. Un español que pasa el día sin hablar, que nada ha visto, que nada anhela ver, que nada ha leído, estudiado o comparado, hallará siempre en la

grandeza de sus resoluciones los recursos de que haya menester en el momento del infortunio.

Era el día natalicio de don Rodrigo, y Blanca obsequiaba a su padre con una pequeña fiesta en aquella encantadora soledad. El Duque de Santa Fe invitó a Aben-Hamet a sentarse entre las jóvenes, que miraban con cierta extrañeza su turbante y su traje. Trajéronse tapices de terciopelo, y el abencerraje se sentó sobre ellos a la usanza mora; dirigiéronle luego varias preguntas acerca de su país y sus aventuras, a las que respondió con ingenio y jovialidad. Hablaba el más castizo castellano, y hubiérase podido tomarle por tal, si en vez del tratamiento vos no usara casi siempre el de tú, palabra tan dulce en sus labios, que Blanca no podía hacerse superior a un oculto desprecio cuando él se dirigía a alguna de sus compañeras.

Presentáronse numerosos sirvientes, quienes traían chocolate, variadas frutas, y azucarillos de Málaga, tan blancos como la nieve, y tan porosos y ligeros como la esponja. Terminado el refresco, pidióse a Blanca que ejecutara algún baile nacional, en que excedía a las más hábiles gitanas, y cedió al fin a los ruegos de sus amigas. Aben-Hamet había guardado silencio, pero sus miradas

suplicantes decían bien lo que sus labios no osaban solicitar. Blanca eligió una zambra, baile lleno de expresión, tomado de los moros por los españoles.

Una de las jóvenes empezó a tocar en la guitarra la danza morisca, y la hija, de don Rodrigo, desembarazándose del velo, ató a sus blancas manos unas castañetas de ébano. Sus negros cabellos caían en leves rizos sobre el alabastrino cuello; sus labios y sus ojos sonreían de acuerdo, y su tez se animaba a los latidos de su corazón. De improviso hace resonar el ébano excitador, marca tres veces el conipás, entona el canto de la zambra, y uniendo su voz a las armonías de la guitarra, parte como un relámpago.

¡Qué variedad en sus pasos! ¡qué elegancia en sus actitudes! Ora levanta sus brazos con viveza, ora los deja, caer con languidez; agítase algunas veces como ebria de placer, o se retira como abrumada de dolor; vuelve la cabeza, parece llamar a alguna persona oculta, alarga con modestia, la sonrosada mejilla al beso de un nuevo esposo, huye ruborosa, torna radiante y consolada, marcha con paso noble y casi guerrero, y gira de nuevo sobre el lozano césped. La armonía de sus pasos, de sus cantos y de los sonidos de la guitarra, era completa.

La voz de Blanca, ligeramente apagada, tenía ese timbre que subleva las pasiones en el fondo del alma. La música española, compuesta de suspiros, de movimientos vivos, de estribillos tristes y de cantos súbitamente interrumpidos, Ofrece una mezcla extraña de regocijo y melancolía. Aquel baile y aquella música fijaron irrevocablemente el destino del último abencerraje, y en verdad hubieran bastado a conmover un corazón menos lastimado que el suyo.

La reunión volvió al llegar la noche a Granada, por el valle del Darro. Don Rodrigo, en extremo complacido de las maneras nobles y delicadas, de Aben-Hamet no quiso separarse de él sin pedirle volviese algunas veces a entretener a Blanca con las maravillosas relaciones del Oriente. El moro, que no deseaba otra cosa, aceptó gozoso la cordial invitación del Duque de Santa Fe, y al día siguiente se encaminó al palacio donde respiraba la mujer a quien amaba más que a la luz del sol.

No tardó Blanca en sentir una vehemente pasión, por la imposibilidad misma en que se juzgaba de satisfacerla, puesto que amar a un infiel, a un moro, a un desconocido, le parecía tan raro caso, que no tornó precaución alguna contra el veneno

que empezaba a circular por sus venas; mas no bien echó de ver las consecuencias de su mal, lo aceptó como una verdadera española. Los peligros y las penas que desde luego entrevió no fueron parte a hacerla retroceder del borde del abismo, ni a que entrara en consultas con la fría razón; todo su cálculo se redujo a decirse a si misma: -Sea Aben-Hamet cristiano, correspóndame, y le seguirá a los confines del orbe.

Y era el caso que el abencerraje experimentaba asimismo todo el poder de una pasión irresistible: viviendo, pues, únicamente para Blanca, no se ocupaba ya de los proyectos que le llevaran a Granada, y aunque le era fácil procurarse los datos que había ido a buscar, habíase desvanecido a sus ojos todo interés extraño a su amor, y hasta temía las noticias que hubieran podido introducir alguna mudanza en su género de vida. Nada inquiría, nada anhelaba saber, y todos sus planes se compendian en este sencillo raciocinio: -Sea Blanca musulmana, correspóndame, y la serviré hasta mí postrer aliento.

Firmes, pues, en su generosa resolución, Aben-Hamet y Blanca sólo esperaban un momento oportuno para descubrirse sus sentimientos. En uno

de los días de la más deliciosa estación del año, la hija del Duque de Santa Fe dijo al abencerraje:

-No habéis visto aún la Alhambra, y si he de dar crédito a ciertas palabras que habéis indeliberadamente pronunciado, vuestra familia es oriunda de Granada. ¿Os complacería visitar el palacio de los antiguos reyes moros? Si así es, quiero servirlos de guía esta tarde.

Aben-Hamet juró cordialmente por el Profeta que ningún paseo podía serle más agradable.

Habiendo llegado la hora señalada para la excursión a la Alhambra, la hija de don Rodrigo montó una hacanea blanca, acostumbrada a trepar las rocas cual una ágil cabra; Aben-Hamet acompañaba a la brillante española, caballero sobre un alazán andaluz enjaezado a la turca. En la rápida carrera del joven moro, su alquicel de púrpura se hinchaba a su espalda, su corvo alfanje resonaba en la alta silla, y jugueteón el viento agitaba el airoso penacho de su turbante. Admirado el pueblo de su gentileza y apuesto ademán, decía al verle pasar: - Ese es un príncipe infiel, a quien doña Blanca va a convertir.

Siguieron primero una larga calle, que conservaba aún el nombre de una ilustre familia mora, y que terminaba en el recinto exterior de la Alhambra; atravesaron luego un bosque de olmos, y llegando a una fuente, halláronse en breve delante del recinto interior del palacio de Boabdil. Abríase en una muralla flanqueada de torres y coronada de almenas una puerta llamada la Puerta del Juicio: saludáronla, y entraron en un camino estrecho que serpenteaba, por decirlo así, entre altas murallas y medio arruinadas barracas. Este camino les condujo a la plaza de los Algibes, en cuyas inmediaciones hacía construir a la sazón Carlos V un palacio. Volviendo desde allí hacia el Norte, se detuvieron en un patio desierto al pie de una, muralla sin adorno alguno y maltratada por el tiempo. Aben-Hamet, apeándose con extraña celeridad, ofreció su mano a Blanca para que bajase de su hacanea. Los criados que les seguían llamaron a una puerta abandonada, cuyo umbral obstruía la hierba; abrióse, y dejó ver los ocultos recintos de la Alhambra.

Todos los encantos, todos los recuerdos de la patria, mezclados a los prestigios del amor, asaltaron el corazón del último abencerraje. Inmóvil y mudo, recorría con atónitas miradas aquella mansión de los genios, y se creía trasladado a la entra-

da de uno de esos Palacios cuyas descripciones leemos en los cuentos árabes. Ofrecíanse por doquiera a los ojos de Aben-Hamet ligeras galerías, canales de mármol blanco, bordados de limoneros y de naranjos en flor, sonoras fuentes y solitarios patios, y a través de las dilatadas bóvedas de los Pórticos descubriáanse nuevos laberintos y nuevas maravilla, al paso que el azul del más hermoso cielo se dejaba ver entre las columnas que sostenían una larga serie de arcosgóticos. Las paredes, cargadas de arabescos, se asemejaban a esas telas de Oriente que borda en el hastío del harem el ingenioso capricho de una esclava.

La voluptuosidad, la religión y el espíritu guerrero respiraban en aquel magnífico edificio, especie de santuario del amor, misterioso retiro donde los reyes moros disfrutaban de todos los placeres, y olvidaban todos los deberes de la vida.

Después de algunos instantes de sorpresa y silencio, los dos amantes entraron en aquella morada del poder desvanecido y de las pasadas felicidades. Primero dieron la vuelta a la sala de los Mesucar, en medio del perfume de las flores y de la frescura de las aguas, y luego penetraron en el patio de

los Leones: la emoción de Aben-Hamet aumentaba por momentos.

-Si no inundases mi alma de delicias -dijo al fin a Blanca,- ¡con cuánta amargura me vería obligado a pedirte, a ti, española, la historia, de estos encantados asilos! ¡Ah! ¡estos lugares han sido fabricados para servir de templo-,! la felicidad, en tanto que yo...!

Al decir esto, Aben-Hamet vio el nombre de Boabdil incrustado en unos mosaicos:

-¡Oh rey mío! -exclamó,- ¿qué es de ti? ¿Dónde te hallaré en tu desierta Alhambra? Y las lágrimas de la lealtad y del honor anegaron los ojos del joven moro.

Vuestros antiguos señores, o por mejor decir, los reyes de vuestros padres, fueron unos ingratos dijo Blanca.

-¿Qué importa -repuso el abencerraje,- si fueron tan desgraciados?

Esto dicho, Blanca le condujo a un gabinete que parecía ser el santuario del amor. Nada igualaba la elegancia de aquel año; la bóveda entera, pintada azul y oro y compuesta de arabescos a cielo

abierto, daba paso a la luz como a través de un tejido de flores. Una bulliciosa fuente brotaba en medio del edificio, y sus aguas, que bajaban a manera de menudo rocío, caían en una vistosa concha de alabastro.

-Aben-Hamet -dijo la hija del Duque de Santa Fe,- mira bien esta fuente, que recibió las desfiguradas cabezas de los abencerrajes. Aún ves sobre él mármol las manchas de sangre de los desgraciados a quienes Boabdil sacrificó a sus crueles sospechas; porque. así se trata en tu país a los seductores de las mujeres crédulas.

Empero Aben-Hamet no escuchaba ya a Blanca, pues habiéndose arrodillado, besaba con respeto las señales de la sangre de sus antepasados; levantóse a poco, y exclamó entusiasta:

-¡Oh, Blanca! te juro por la sangre de estos caballeros, amarte con la constancia, la fidelidad y la vehemencia de un abencerraje. -Me amáis -replicó con viveza Blanca, uniendo sus manos y levantando al cielo sus miradas-. Pero ¿habéis pensado que sois un infiel, un moro, un enemigo, y que yo soy cristiana y española?

-¡Oh, santo Profeta! -repuso Aben- Hamet,-
¡sé testigo de mi juramento!...

Blanca lo interrumpió, y le dijo: -¡Qué asenso podré conceder a los juramentos de un perseguidor de mi Dios? ¿Sabéis si os amo? ¿Quién os ha autorizado para usar conmigo semejante lenguaje?

Aben-Hamet respondió consternado: -¡Es verdad! Sólo soy tu esclavo, puesto que aún no has hecho de mí tu caballero.

-¡Moro! -respondió Blanca, -abandona la astucia; harto has leído en mis ojos que te amo; la pasión que me inspiras es ilimitada; sé, pues, cristiano, y nada podrá impedirme ser tuya. Mas, si la hija del Duque de San Fe se atreve a hablarte con tanta franqueza, debes juzgar por esta misma causa que sabrá dominarse, y que nunca, nunca un enemigo de los cristianos tendrá derecho alguno sobre ella.

Aben-Hamet, en un arranque de pasión, tomó las manos de Blanca, las puso sobre su turbante y luego sobre su corazón, exclamando:

-¡Alá es poderoso, y feliz Aben-Hamet! ¡Oh, Mahomet! conozca tu ley esta cristiana, y nada podrá...

-¡Blasfemo! -dijo Blanca, alejémonos de aquí!

Esto dicho, se apoyó en el brazo del moro, y se acercó a la fuente de los Doce Leones que da su nombre a uno de los patios de la Alhambra. - ¡Extranjero! -dijo la sencilla española, -cuando miro tu traje, tu turbante y tus armas, y pienso en nuestros amores, paréceme ver la sombra del gallardo abencerraje paseando este abandonado retiro con la desventurada, Alfaïma. Descíframe la inscripción árabe grabada sobre el mármol de esta fuente.

Aben-Hamet leyó estas palabras:

La bella princesa que pasea, cubierta de perlas, en su jardín, aumenta tan prodigiosamente su hermosura... El resto de la inscripción estaba borrado.

-Esta inscripción ha sido escrita para ti, sultana amada -dijo Aben-Hamet,- nunca estos palacios se ostentaron tan hermosos en su juventud, cual se muestran hoy en sus ruinas. Escucha el blando rumor de las fuentes cuyas aguas ha des-

viado el musgo; mira esos jardines que se divisan a través de estas arcadas medio destruidas; contempla el astro del día que se oculta más allá de todos estos pórticos: ¡cuán dulce es vagar contigo por estos lugares! Tus palabras embalsaman estos asilos, como las rosas del himeneo. ¡Con qué encanto reconozco en tu lenguaje algunos acentos del idioma de mis padres! El ligero roce de tu vestido sobre estos mármoles me causa un delicioso estremecimiento; el ambiente debe sus perfumes al leve contacto de tus cabellos. Eres hermosa como el genio de mi patria en medio de estas ruinas. Pero, ¿puede Aben-Hamet prometerse fijar tu corazón? ¿Qué es a tu lado? Ha recorrido los montes con su padre, y conoce las plantas del desierto... mas ¡ay! no hay una sola que baste a curarle, de la herida que le has causado; lleva armas, y sin embargo, no es caballero. Yo me decía en otro tiempo: El agua del mar que duerme al abrigo del viento en la concavidad un peñasco, se muestra sosegada y muda, en tan que en su derredor la anchurosa mar se agita con estruendo, ¡Aben-Hamet! así se deslizará tu existencia, silenciosa, tranquila, ignorada en un rincón de desconocida tierra, mientras la corte del sultán se verá conmovida por las tempestades de la ambición. Esto me decía interiormente, joven

cristiana pero tú me has demostrado que la tormenta puede agitar también la gota de agua dormida en la concavidad de un peñasco.

Extasiada escuchaba Blanca este lenguaje, nuevo para ella; lenguaje cuyo giro oriental se adaptaba tan maravillosamente a la mansión de las hadas, que con su amante recorría. El amor penetraba sin resistencia en su corazón; sentía vacilar sus rodillas, y se veía precisada a apoyarse más fuertemente en el brazo de su apasionado guía. Aben-Hamet sostenía la dulce carga, y repetía marchando: -¡Ah! ¿por qué no soy un brillante abencerraje ?

-En ese caso os amaría menos -dijo Blanca; porque me sentiría más atormentada o inquieta: permaneced en la obscuridad y vivid para mí, pues es harto frecuente que un famoso caballero olvide el amor por la celebridad.

-No tendrías que temer semejante peligro -replicó con viveza Aben-Hamet.

-¿Y cómo me amaríais si fuéis un abencerraje? -preguntó la descendiente de Jimena.

-Te amaría -respondió el moro,-más que a la gloria y menos que al honor.

El sol se había ocultado en el horizonte durante el paseo de los dos amantes, que habían recorrido toda la Alhambra. ¡Qué recuerdos se habían presentado a la imaginación de Aben-Hamet! Aquí la sultana recibía por medio de unos respiraderos el humo de los perfumes que a su planta se quemaban; allí, en aquel apartado asilo, se ataviaba con todas las pompas del Oriente. Y Blanca, una mujer adorada, refería estos pormenores al apuesto joven a quien idolatraba.

La luna se levantó y esparció su dudosa claridad en los abandonados santuarios y en los desiertos pavimentos de la Alhambra. Sus plateados rayos dibujaban sobre el césped de los vergeles y en las paredes de las salas los caprichosos perfiles de una arquitectura aérea, las bóvedas de los corredores, la movable sombra de las saltadoras aguas y la de los arbustos mecidos por el céfiro. Cantaba el ruiseñor en un ciprés que atravesaba las cúpulas de una ruinoso mezquita, y los ecos repetían sus amorosas quejas. Aben-Hamet escribió a la claridad del astro de la noche el nombre de Blanca en los mármoles de la gala de las Dos Hermanas, y lo trazó en caracteres árabes, para que el viajero adivinase un misterio más en aquel palacio de los misterios.

-Moro -dijo Blanca,- estos lugares son crueles; huyamos de ellos. El destino de mi vida, es irrevocable; graba, pues, en tu memoria estas palabras: Musulmán, seré tu amante sin esperanza cristiano, será tu esposa feliz.

Aben-Hamet respondió: -Cristiana, seré tu desconsolado esclavo; musulmana, seré tu afortunado esposo.

Y los nobles amantes salieron de aquel peligroso palacio.

La pasión de Blanca aumentaba de día en día, y la de Aben-Hamet se acrecentaba con la misma violencia. Causábale tal encanto verse amado por sí solo, y no deber a ninguna causa extraña los sentimientos que inspiraba, que no reveló el secreto de su nacimiento a la hija del Duque de Santa Fe, pues se gozaba en el delicado placer de participarle que llevaba un nombre ilustre, el día mismo en que accediese a hacerle señor de su mano. Pero fue súbitamente llamado a Túnez, porque su madre, acometida de una enfermedad mortal, quería abrazarlo y bendecirlo antes de expirar. Aben-Hamet se presentó en el palacio de Blanca, y le dijo:

-Sultana, mi madre, próxima a la muerte, me pide vaya a cerrar sus ojos. ¿Me conservarás tu amor?

-¡Me abandonas! -respondió Blanca palideciendo. -¿Tornaré a verte?

-¡Vén! -dijo Aben-Hamet, quiero exigirte un juramento, y hacerte otro que sólo la muerte podrá romper. ¡Sígueme!

Salieron en efecto, y a poco llegaron a un antiguo cementerio moruno, donde se veían esparcidas sin orden algunas pequeñas columnas fúnebres, en cuyo derredor había en otro tiempo representado el escultor un turbante, que más tarde reemplazaron los cristianos con una cruz. Aben-Hamet llevó a Blanca al pie de aquellas columnas, y le dijo:

-¡Blanca! aquí descansan mis antepasados: yo te juro por sus cenizas amarte hasta, el día en que el Angel del Juicio me llama al tribunal de Alá; te prometo no entregar mi corazón a otro, mujer, y tomarte por esposa cuando hayas conocido la santa luz del Profeta. Todos los años regresaré a Granada en esta época, para ver sí me has guardado fe, y si quieres renunciar a tus errores.

-Y yo -respondió Blanca anegada en lágrimas -te esperaré todos los años; te guardaré hasta mi último suspiro la fe que te he jurado, y te recibirá por mi esposo cuando el Dios de los cristianos, más poderoso que la mujer que te ama, haya tocado tu infiel corazón.

Aben-Hamet partió, y los vientos lo llevaron a las costas africanas; su madre acababa de expirar, y él joven héroe abrazó llorando su lecho mortuario. Los meses se deslizan rápidos, y ora vagando entre las ruinas de Cartago, ora sentado sobre el sepulcro de San Luis, el desterrado abencerraje recuerda impaciente el día en que debe volver a Granada. Este día brilla al fin, y Aben-Hamet dirige a Málaga la proa de su nave. ¡Con qué arrebató, con qué alegría, no ajena de temor, descubrellos primeros promontorios de España! ¿Lo esperará Blanca en aquellas costas? ¿Se acordará aún del obscuro árabe, que no cesó de adorarla bajo la palmera del desierto?

La hija del Duque de Santa Fe no era infiel a sus juramentos. Habiendo pedido a su padre que la llevase a Málaga, seguía con la vista, desde lo alto de las montañas que ceñían la inhabitada playa, los lejanos bajeles y las fugitivas velas. Cuando

rugían las tempestades, contemplaba con crueles zozobras el mar concitado por los vientos, siéndole entonces grato perderse con la fantasía en las nubes, exponerse en los lugares peligrosos, sentirse bañada por las mismas olas y envuelta en los mismos torbellinos que amenazaban los días de Aben-Hamet. Cuando veía la chillona gaviota desflorar las olas con sus grandes y corvas alas, y volar hacia las playas africanas, la hacía mensajera de todas esas palabras de fuego y de todos esos votos fervientes que brotan de un corazón devorado por el amor.

Vagando cierto día por las arenas de la playa, descubrió una larga barca, cuya alta popa, inclinado mástil y vela latina, anunciaban el elegante genio de los moros. Blanca corrió al puerto, y poco después ve entrar la embarcación berberisca, que convertía en blanca espuma las olas a la rapidez de su curso. Un moro, vestido con un soberbio ropaje, se mostraba en pie en la proa, y a su espalda dos esclavos negros detenían por el freno a un caballo árabe, cuyas humeantes narices y sueltas crines anunciaban a la vez su natural fogoso y el temor que le causaba el estruendo de las olas. La barca se aproxima, amaina sus velas, aborda al muelle y presenta su costado: el ágil moro salta a la orilla, y ésta resuena al rumor de sus armas. Los esclavos

hacen salir al atigrado corcel, que relincha y se encabrita lleno de alegría al hallar tierra. Otros esclavos desembarcan pausadamente una cesta en que descansaba una gacela acostada entre hojas de palmera, y cuyas delgadas piernas estaban atadas y dobladas bajo su cuerpo, para evitar se fracturasen por los balances de la barca; llevaba un collar de granos de áloe, y en una chapa de oro que servía para unir ambas extremidades del collar, veíanse grabados en árabe un nombre y un talismán.

Blanca reconoció al punto a Aben-Hamet; pero no atreviéndose a delatarse a los ojos de la multitud, se retiró y envió a Dorotea, una de sus doncellas, a que advirtiese al abencerraje que lo esperaba en el palacio de los moros. Aben-Hamet presentaba en aquel momento al gobernador su firman, escrito con caracteres azules sobre una preciosa vitela y encerrado en un forro de seda; acercése luego Dorotea, y condujo al venturoso abencerraje a los pies de Blanca. ¡Cuán viva y recíproca alegría experimentaron al hallarse, fieles a sus juramentos! ¡Qué felicidad, la de tornar a verse después de tan larga separación! ¡Qué nuevas protestas de eterno amor!

Los dos esclavos negros guiaban el caballo nmida, que en lugar de silla ostentaba una piel de león atada con una faja encarnada, y luego trajeron la gacela.

-Sultana -dijo Aben-Hamet a Blanca al presentrsela, -este es un cabritillo de mi país, casi tan ligero como t.

Blanca desató el hermoso animal, que parecía darle gracias, dirigiéndole las más dulces miradas. Durante la ausencia de su amante, la hija del Duque de Santa Fe había estudiado el árabe; así es que leyó enternecida su nombre en el collar de la gacela. Habiendo ésta recobrado su libertad, sostenase con dificultad sobre sus pies, tanto tiempo aherrojados; por lo cual, tendiéndose en el suelo apoyaba su cabeza en las rodillas de su ama, que le presentaba dátiles nuevos y acariciaba a la inofensiva hija del desierto, cuya fina piel había retenido el olor del áloe y de las rosas de Túnez.

El abencerraje, el Duque de Santa Fe y su hija partieron para Granada. Los días de la venturosa pareja se deslizaron como los del año anterior: los mismos paseos, los mismos tristes recuerdos a la vista de la patria, el mismo amor, o por mejor decir, un amor siempre en aumento, siempre igual-

mente correspondido; pero también una adhesión igual en los dos amantes a la religión de sus padres.

-¡Sé cristiano! -decía Blanca.

-¡Sé musulmana! -replicaba Aben-Hamet, y volvieron a separarse sin haber sucumbido a la pasión que arrastraba el uno hacia el otro.

Aben-Hamet tornó a presentarse el tercer año, bien así como esas aves de paso que el amor atrae en la primavera a nuestros climas. Esta vez no halló a Blanca en la playa; pero una carta de ésta le hizo saber la partida del Duque de Santa Fe a Madrid y la llegada de don Carlos a Granada, adonde le había acompañado un prisionero francés, muy su amigo. El moro sintió oprimido su corazón a la lectura de tal carta, y partió de Málaga a Granada, abrumado por los más tristes presentimientos. Las montañas le parecieron espantosamente solitarias, y volvía repetidas veces la cabeza para mirar el mar que acababa de atravesar.

Blanca no había podido separarse, durante la ausencia de su padre, de un hermano a quien amaba, en cuyo favor quería hacer donación de todos sus bienes, y a quien vela después de, siete años de ausencia. Don Carlos estaba dotado de

todo el valor y de toda la altivez que caracterizan su nación: terrible como los conquistadores del Nuevo Mundo, entre quienes había hecho sus primeras armas, y religioso como los caballeros españoles vencedores de los moros, abrigaba en su corazón el odio a los infieles, que había heredado de la sangre del Cid.

Tomás de Lautrec, vástago de la ilustre casa de Foix, en la que la hermosura de las mujeres la bizarría en los hombres eran consideradas como un don hereditario, era el hermano menor de la Condesa de Foix, y del valiente y malogrado Odet de Foix señor de Lautrec. Tomás, armado caballero a la edad de dieciocho años, por Bayardo, en el mismo retiro donde perdiera la vida el caballero sin tacha y sin reproche, cayó prisionero, poco tiempo después, en Pavía, cubierto de heridas, defendiendo al rey caballero que lo perdió todo en aquella jornada, menos el honor.

Don Carlos de Vivar, testigo del denuedo de Lautrec, había hecho curar sus heridas con generosa solicitud, y no tardó en establecerse entre ellos una de esas amistades heroicas, cimentadas en la estimación y la virtud. Francisco I había regresado a Francia, pero Carlos V retuvo en su poder a los

demás prisioneros. Lautrec, había tenido el honor de compartir la cautividad de su Rey y de acostarse a sus pies en su encierro; habiendo, pues, permanecido en España después de la partida del Monarca, había sido entregado bajo su palabra a don Carlos, que acababa de llevarle consigo a Granada.

Cuando Aben-Hamet se presentó en el palacio de don Rodrigo y fue introducido en la sala donde se hallaba Blanca, experimentó tormentos descollocidos por él hasta aquel momento, pues a los pies de la hermosa, vio sentado un gentil mancebo que absorto en una especie de amoroso éxtasis. El joven vestía unos calzones de piel de búfalo, y un colete del mismo color, ajustado por un ancho cinturón que sostenía una espada adornada de flores de lis; de sus hombros pendía un capotillo de seda; su cabeza estaba cubierta por un sombrero de alas estrechas, y sombreado por vistosas plumas; una gola de encaje, apoyado, en su pecho, dejaba ver su desnudo cuello; un bigote negro como el ébano daba a su semblante, naturalmente afable, un aspecto varonil y guerrero, y las anchas botas que en numerosos pliegues caían sobre sus pies, ostentaban la espuela de oro, emblema de la caballería.

A escasa, distancia manteníase en pie otro caballero, apoyado en la cruz de hierro de su luenga espada, y vestido como el anterior; pero parecía de edad más proyecta, y su continente austero, aunque ardiente y apasionado, inspiraba respeto y temor; la cruz colorada de Calatrava estaba bordada sobre su colete, con esta divisa: Por ella y por mi rey.

Blanca prorrumpió en un grito involuntario al ver a Aben-Hamet.

-Caballeros -dijo con viveza, -ved aquí al infiel de quien os he hablado repetidas veces; temed que alcance la victoria, pues los abencerrajes eran de su temple, y nadie los sobrepujaba en lealtad, valor y galantería.

Don Carlos salió al encuentro de Aben-Hamet, y lo dijo:

-Señor moro, mi padre y mi hermana me han hecho conocer vuestro nombre, y todos os juzgan descendiente da noble y esfortada estirpe, y os habeís distinguido personalmente por vuestra caballeridad. Carlos V, mi señor, llevará en brevos la guerra a Túnez, y espero, nos veremos en el campo del honor.

Aben-Hamet llevó la mano a su pteho, y sentándose en el suelo sin replicar palabra, fijó sus miradas en Blanca y Lautrec, que admiraba con la curiosidad propia de su país el fastuoso traje, las brillantes armas y el apuesto talante del moro. Blanca no parecía turbada, toda su alma brillaba en sus ojos, pues la severa española no procuraba ya multar el secreto de su corazón. Después de algunos momentos de silencio, Aben-Hamet, se levantó, inclinóse delante de la hija de don Rodrigo y se retiró. Admirado del ademán del moro y de las miradas de Blanca, Lautrec salió de la sala abrigando sospechas que no tardaron en trocarse en realidad.

Quedaron solos don Carlos y su hermana.

-Blanca -dijo aquél a ésta, -es forzoso que te expliques. ¿De qué procede la mal reprimida turbación que te ha causado la presencia de ese extranjero?

-Procede, hermano mío -respondió Blanca, del amor que profeso a Aben-Hamet, a quien, si resuelve hacerse cristiano, haré dueño de mi mano.

-¡Cómo! -exclamó colérico don Carlos, -¿amas a Aben-Hamet? ¿La hija de los Vivar ama, a

un moro, a un infiel, a un enemigo expulsado por nosotros de estos palacios?

-Don Carlos -repuso Blanca sin alterarse,- amo a Aben-Hamet, y él me ama; tres años ha que prefiere renunciar mi mano a abjurar la religión de sus padres. La nobleza, el honor y los sentimientos caballerosos tienen su natural asiento en su alma: he aquí por qué lo adoraré hasta la muerte.

Don Carlos era digno de apreciar toda la generosidad de Aben-Hamet, aunque deploraba su ceguedad.

-¡Desventurada Blanca! -exclamó,-

¿adándate llevará tu ciega pasión? Yo me había prometido que mi amigo Lautrec sería mi hermano.

-Grande fue tu error -dijo Blanca,- pues no puedo amar a ese extranjero. Por lo que respecta a mis sentimientos hacia Aben-Hamet, a nadie debo explicaciones. Guarda en buena hora tus juramentos como caballero, que yo guardará los míos como amante. Sabe empero, para tu consuelo, que nunca será Blanca la esposa de un infiel...

-¡Nuestra familia habrá de desaparecer de la tierra! -exclamó don Carlos con el acento del dolor.

-A ti incumbe prolongarla. ¿Qué te importan por otra parte unos descendientes que no has de ver, y que despreciarían tu virtud? Conozco, don Carlos, que somos los últimos de nuestra raza, pues salimos demasiado del orden vulgar para que nuestra sangre florezca después de nosotros: el Cid fue nuestro abuelo y será nuestra posteridad. -Y Blanca salió.

Don Carlos voló en busca del abencerraje y le dijo:

-¡Moro! Renuncia a mi hermana, o acepta el combate.

-¿Estás encargado por tu hermana -dijo AbenHamet,- de anular los juramentos que me ha hecho?

-¡No! replicó don Carlos; -te ama cual nunca.

-¡Ah! Digno hermano de Blanca-exclamó, Aben-Hamet interrumpiéndole, -¡debo recibir de tu sangre todo mi honor! ¡Oh feliz Aben-Hamet! ¡Oh

radiante día! Yo creí que Blanca me había sido infiel por el caballero francés...

-Esa es precisamente tu desventura -gritó a su vez don Carlos, fuera de sí. -Dame cuenta de las lágrimas que por tu causa derrama mi familia.

-Acepto de buen grado lo que me propones respondió Aben-Hamet; -pero aunque nacido de una raza que acaso ha peleado con la tuya, no soy caballero. A nadie veo aquí que me confiera la orden que te permitirá medirme conmigo sin manchar tu sangre.

Admirado don Carlos de la oportuna reflexión del moro, miróle con una mezcla de admiración y de furor, y al fin exclamó súbitamente:

-Yo te armaré caballero, pues eres digno de este honor.

Aben-Hamet hincó la rodilla delante de don Carlos, que le dio el espaldarazo aplicándole tres golpes de plano con la hoja de su espada, y luego le ciñó la misma que tal vez iba a romper su corazón: ¡tal pera el antiguo honor!

Lanzándose ambos sobre sus corceles, salieron de los muros de Granada y volaron a la fuente

del Pino, lugar célebre muy dé antiguo por los due-
los de moros y cristianos, donde Malique Alabés
había peleado con Ponce de León, y el gran maes-
tre de Calatrava había dado muerte al animoso
Abayados. Veíanse aún los restos de las armas de
este caballero moro colgados de las ramas de un
pino, y en la corteza del árbol se leían algunos ca-
racteres de un epitafio. Don Carlos mostró con la
mano la tumba de Abayados al abencerraje, y le
dijo:

-Imita a ese valiente infiel y recibe de mi
mano el bautismo y la muerte.

-La muerte tal vez -respondió Aben-Hamet;
pero ¡vivan Alá y el Profeta!

Esto dicho, tomaron campo y se precipita-
ron con furia uno contra otro, sin más armas que
sus espadas. Aben-Hamet era menos práctico en
los combates que don Carlos; pero la excelencia de
sus armas, forjadas en Damasco, y la velocidad de
su caballo árabe le daban ventajas sobre su enemi-
go. Lanzó su corcel a la manera de los moros, y
cortó la pata derecha del caballo de don Carlos más
abajo de la articulación con su ancho estribo tajante.
El herido caballo dio consigo en tierra, y don Carlos,
desmontado por aquel golpe feliz, se dirigió con la

espada en alto a Aben-Hamet, que apeándose al punto, recibió con intrepidez a su contendiente, y deteniendo los primeros golpes del español, éste vio saltar su espada al choque del acero damásquino. Dos veces engañado por la fortuna, don Carlos lloró de ira y gritó a su enemigo:

-¡Hierre, moro, hierre! Don Carlos te desafía íneme, y desafía a toda tu raza infiel. Tú eres dueño de matarme -repuso el abencerraje,- pero yo no he pensado en hacerte la más leve herida, porque sólo he querido probarte que soy digno de ser tu hermano, y capaz de impedir que me desprecies.

En aquel instante descubrieron una nube de polvo: Lautrec y Blanca, montando dos yeguas de Fez, más rápidas que el viento, llegaron a la fuente del Pino y vieron el suspendido combate.

-¡Estoy vencido! -les dijo don Carlos, -este caballero me ha dado la vida. Tú, Lautrec, serás más feliz que yo.

-Mis heridas -dijo Lautree con voz noble y reposada, -me permiten negarme a combatir con este cortés caballero. No quiero -continuó ruborizándose,- saber la causa de vuestra discordia, ni

penetrar un secreto que acaso me daría la muerte. Pronto hará renacer mi ausencia la paz entre vosotros, a no ser que Blanca, me mande, permanecer a sus pies.

-Caballero -dijo Blanca,- permaneceréis al lado de mi hermano y me miraréis como hermana vuestra. Todos los corazones que aquí están, experimentan amarguras, y aprenderéis a sobrellevar los males inseparables de la vida.

Blanca quiso obligar a los tres caballeros a darse la mano, pero todos se negaron:

-¡Aborrezco a Aben-Hamet! -exclamó don Carlos.

-¡Yo lo envidio! -dijo Lautrec.

-Y yo -repuso el moro, estimo a don Carlos y compadezco a Lautrec, pero no puedo amarlos.

-Veámonos siempre -añadió Blanca,- y tarde o temprano la amistad seguirá a la admiración. ¡Ignore eternamente Granada el funesto suceso que aquí nos reúne!

Desde aquel momento, la hija del Duque de Santa Fe sintió una pasión más viva hacia Aben-Hamet, pues el amor ama al valor, y nada faltaba ya

al abencerraje, puesto que además de ser valiente, don Carlos le debía la vida. Aben-Hamet se abstuvo, por consejo de su amada, de presentarse en palacio durante algunos días a fin de dar tiempo a que se calmase la cólera de don Carlos. Una mezcla confusa de tiernos y amargos sentimientos combatía el alma del abencerraje; porque si por un lado, la seguridad de ser amado con tanta fidelidad y vehemencia era para él un manantial inagotable de delicias, por otro, la certidumbre de que nunca sería dichoso sin abjurar la religión de sus padres, abrumaba su corazón. Muchos años habían transcurrido ya sin hallar remedio alguno a sus males. ¿Se vería condenado a pasar del mismo modo el resto de sus días?

Sumido estaba en un abismo de las más grandes y tiernas reflexiones, cuando habiendo oído una tarde el toque de esa oración cristiana que anuncia el fin del día, le ocurrió entrar en el templo del Dios de Blanca, y pedir consejos al Señor de la Naturaleza.

Salió pues, y llegando a la puerta de una antigua mezquita, convertida en iglesia por los fieles, entró con el corazón poseído de tristeza y de religión en el templo que lo había sido en otro tiem-

po de sus padres y de su patria. La oración acababa de terminar, y la iglesia estaba desierta. Una santa obscuridad reinaba a través de multitud de columnas, semejantes a los troncos de los árboles de un bosque metódicamente plantados. La ligera arquitectura árabe mostrábase enlazada con la gótica, y sin perder nada de su elegancia, había adquirido una gravedad más adecuada a la meditación. Algunas lámparas alumbraban débilmente las bóvedas, pero al resplandor de muchos cirios veíase brillar aún el altar del santuario, radiante de oro y pedrería, pues los españoles cifran toda su gloria en despojarse de sus riquezas para adornar con ellas los objetos de su culto; así, pues, la imagen del Dios vivo, colocada entre velos de encaje, de coronas de perlas y de mazorcas de rubíes, recibe la adoración de un pueblo medio desnudo.

Ningún asiento se veía en el vasto recinto: un pavimento de mármol que cubría muchas sepulturas, servía así a los grandes como a los pequeños, para arrodillarse delante del Señor. Aben-Hamet avanzaba con lento paso por las naves desiertas, que resonaba al único rumor de sus pasos, con el espíritu dividido entre los recuerdos que aquel antiguo edificio de la religión de los moros traía a su mente, y los sentimientos que la religión

cristiana hacía nacer en su corazón. Entregado al choque de tan opuestos afectos, entrevió al pie de una columna una figura inmóvil, que desde luego tornó por la estatua de un sepulcro; acercóse a ella, y vio a un joven caballero de rodillas, con la frente respetuosamente inclinada y ambos brazos cruzados sobre el pecho. El caballero no hizo el menor movimiento al ruido de los pasos de Aben-Hamet, ni la más leve distracción, ni señal alguna exterior de vida turbaron su profunda oración. Su espada estaba tendida en tierra delante de él, y su sombrero, cargado de plumas, descansaba sobre el mármol a su lado: parecía hallarse: en aquella actitud por el efecto de un encanto. Era Lautrec.

-¡Ah! -se dijo a sí mismo el abencerreje,- este joven y bizarro francés pide al Cielo algún señalado favor; el guerrero, célebre ya por su denuedo, abre aquí su corazón a los pies del Señor del Cielo como el más humilde y oscuro de los hombres. Oremos, pues, también al Dios de los caballeros y de la gloria, Aben-Hamet iba a precipitarse sobre el mármol cuando descubrió a la luz de una lámpara algunos caracteres árabes y un versículo del Alcorán sobré una lápida medio rota. Los remordimientos se apoderaron de su corazón, y se apre-

suró a alejarse del lugar donde se creyera próximo a ser infiel a su religión y su patria.

El cementerio que rodeaba aquella antigua mezquita era una especie de jardín plantado de naranjos, cipreses y palmeras, y regado por dos fuentes en cuyo derredor se extendía un claustro. Aben-Hamet vio, al pasar por aquellos pórticos, una mujer que se disponía a entrar en la iglesia, y aunque se envolvía en un velo, reconoció a la hija del Duque de Santa Fe; detúvola y le dijo:

-¿Vienes a este templo en busca de Lautrec?

-Abandona tan vulgares celos-respondió Blanca;- si no te amase, te lo diría, porque sería indigno de mí el intento de engañarte. Vengo a orar por ti, pues tú sólo eres el objeto de mis preces, y la causa de que olvide mi alma por la tuya. O no debiste embriagarme en el veneno de tu amor, o debes prestarte, a servir al Dios a quien yo sirvo. Tú trastornas toda mi familia: mi hermano te aborrece, y mi padre está abrumado de amargura porque me niego a recibir un esposo. ¿No echas de ver que mi salud se deteriora? Mira ese asilo de la muerte: ¡está encantado! Pronto descansaré en él, si no te apresuras a recibir, mi fe en el altar de los cristia-

nos, pues los ocultos combates que sufro minan lentamente mi vida, y la pasión que me inspiras no sostendrá siempre mi acá existencia; reflexiona, ¡oh, moro! que, para valerme de tu lenguaje, el fuego que sostiene la antorcha es también el fuego que la consume.

Esto dicho, Blanca entró en la iglesia, dejando a Aben-Hamet aterrado con sus últimas palabras.

La suerte estaba echada: el abencerraje se sentía vencido y próximo a renunciar los errores de su culto, pues hartó tiempo había combatido, y el temor de ver morir a Blanca acallaba todos los demás sentimientos de su corazón. Después de todo - se decía,- ¿será el verdadero Dios el que adoran los cristianos? Mas, sea lo que fuere, ese Dios es el de las almas nobles, puesto que es el de Blanca, don Carlos y Lautrec.

Ocupado en estas ideas, esperaba con indiferencia el día siguiente para hacer conocer su resolución a Blanca, y trocar una existencia de tristeza y lágrimas por obra de alegría y felicidad. Llegó el día deseado, pero no habiendo podido pasar al palacio del Duque de Santa Fe hasta la tarde, supo que Blanca había ido con su hermano al Generalife,

donde Lautrec daba una fiesta. Aben-Hamet, combatido de nuevas sospechas, voló en busca de Blanca: y Lautrec se sonrojó al verlo; por lo que respecta a don Carlos, lo recibió con una fría política que no excluía, sin embargo, cierta estimación.

Lautrec había hecho servir las más exquisitas frutas de España y Africa, en una de las salas del Generalife, llamada Sala de los Caballeros, en cuyas paredes se velan los retratos de los príncipes y caballeros vencedores de los moros: Pelayo, el Cid y Gonzalo de Córdoba; la espada del último Rey de Granada estaba colgada debajo de estos retratos. El moro disimuló su dolor, y se dijo interiormente como el león de la fábula, al mirar los retratos: «No somos nosotros los pintores.» El generoso Lautrec, al ver que los ojos del abencerraje se volvían a su pesar hacia la espada de Boabdil le dijo:

-Caballero, si hubiese previsto que me dispensaríais el honor de concurrir a esta fiesta, no os hubiera recibido en esta sala. Todos los días se pierde una espada, y yo he visto al más valiente de los reyes entregar la suya a su afortunado enemigo.

-¡Ah! -exclamó el moro, cubriéndose el rostro con su alquicel, -bien puede perderse una espa-

da, como Francisco I; ¡pero perderla como Boabdil!...

Llegó la noche y habiéndose encendido las antorchas, la conversación mudó de giro. Todos pidieron a don Carlos que narrase el descubrimiento de Méjico, y él habló de este mundo desconocido con esa pomposa elocuencia propia de la nación española; refirió las desgracias de Moctezuma, las costumbres de los americanos, los prodigios del esfuerzo castellano, y también las crueldades de sus compatriotas, que al parecer no le merecían ni vituperio ni elogio. Estas relaciones encantaban a Aben-Hamet, cuya pasión a las historias maravillosas revelaba claramente su sangre árabe. El trazó a su vez el cuadro del Imperio otomano, recientemente fundado sobre las ruinas de Constantinopla, no sin consagrar algunos tristes recuerdos al prirrier imperio de Mahoma: tiempo venturoso, en que el jefe de los creyentes vela brillar en su derredor a Zobeida, a Flor de Hermosura, a Fuerza de los Corazones, a Tormento y al generoso Ganem, esclavo por amor. Lautrec por su parte pintó la corte galante de, Francisco I; las artes renaciendo. en el seno de la barbarie; el honor, la lealtad y la caballería de los antiguos tiempos, unido a la cultura de los siglos civilizados; las torrecillas góticas adornadas con los

órdenes de la Grecia, y las damas con galas realizando la riqueza de sus atavíos con la elegancia ateniense.

Terminados tan sabrosos coloquios, Lautrec, que deseaba, obsequiar la divinidad de aquella fiesta, tomó una guitarra y cantó unas sentidas estancias compuestas por él sobre un aire de las montañas de su país, y en las cuales expresaba los tiernos recuerdos que en su alma despertaba la perdida patria.

Al terminar la última estrofa, enjugó con su guante una lágrima que le arrancara la hermosa imagen de Francia. La amargura del bizacro prisionero se reflejó con viveza en el alma de Aben-Hamet, que lloraba como él la ausencia de su patria. Instado a su vez a que tomase la guitarra, se excusó diciendo que sólo sabía un romance desagradable a los cristianos.

-Si los infieles se lamentan en ese romance de nuestras victorias -replicó con desdén don Carlos, -podéis cantar, pues las lágrimas son permitidas a los vencidos.

-Sí- dijo Blanca, con la mayor delicadeza;- por eso nuestros padres, sometidos en otro tiempo al yugo de los moros, nos han legado tantas quejas.

Aben-Hamet cantó al fin una balada que había aprendido de un poeta, de la tribu de los abencerrajes, y en la que se suponía un diálogo entre Granada y el rey Don Juan.

La sencillez de las quejas que expresaban los versos habían conmovido hasta al orgulloso don Carlos, a pesar de las imprecaciones lanzadas contra los cristianos. Mucho deseaba que no se le instase a cantar; pero creyó que la cortesanía le obligaba a ceder a los ruegos de Lautrec. Aben-Hamet entregó, pues, la guitarra al hermano de Blanca, que celebró las proezas del Cid, su ilustre antepasado.

Don Carlos hablase mostrado tan altivo, y era tan varonil y robusto el acento de su canto, que se hubiera podido tomarle por el mismo Cid. Lautrec participaba del entusiasmo guerrero de su amigo, pero el abencerraje palideció al nombre del héroe castellano.

-Ese caballero -dijo,- que los cristianos apellidan la Flor de las batallas, lleva entre nosotros el

renombre de cruel. ¡Si su generosidad hubiese rivalizado con su valor!...

-Su generosidad -replicó impaciente don Carlos, interrumpiendo al moro,- excedía a su valor, y sólo los musulmanes pueden calumniar al esforzado adalid a quien mi familia debe la vida.

-¿Qué dices? -exclamó Aben-Hamet, levantándose al punto del asiento en que estaba medio acostado,- ¿cuentas al Cid entre tus progenitores?

-Su noble sangre circula por mis venas -replicó don Carlos;- la reconozco en el odio que arde en mi corazón contra los enemigos de mi Dios.

-¡Así, pues -dijo Aben-Hamet, mirando a Blanca,- eres de la sangre de los Vivar, que después de la conquista de Granada invadieron los hogares de los desgraciados abencerrajes, y dieron la muerte a un anciano caballero de este nombre, que quiso defender el sepulcro de sus abuelos,!

-¡Moro ! -gritó don Carlos lleno de despecho, sabe que no me dejó interrogar. Si poseo hoy los despojos de los abencerrajes, mis antepasados los han conquistado a precio de su sangre, y sólo los deben a su espada.

-¡Una palabra más! -dijo Aben-Hamet con creciente emoción:- he ignorado en mi destierro que los Vivar se adornasen con el título Santa Fe, y he aquí la causa de mi error.

-Ese título -repuso don Carlos, -fue conferido a ese mismo Vivar, vencedor de los abencerrajes, por Fernando el Católico.

-La cabeza del apasionado doncel se inclinó sobre su pecho y permaneció inmóvil en pie en medio de don Carlos, de Lautrec y de Blanca, estupefactos. Dos torrentes de lágrimas brotaron súbitamente de sus ojos sobre el puñal que brillaba en su cintura.

-Perdonadme dijo después de algunos momentos de silencio: -bien sé que el llanto es indigno le los hombres; de hoy más nadie será testigo de mis lágrimas, aunque mi destino sea derramar muchas; escúchame, Blanca, el amor que te profeso compite con el ardor de los vientos abrasadores de la Arabia. Yo estaba vencido, pues no me era posible vivir sin ti. Ayer, la vista, de este caballero francés en oración y tus palabras en el cementerio del templo, me habían hecho tomar la resolución de conocer a tu Dios y ofrecerte mi fe.

Un movimiento de alegría en Blanca, y otro de sorpresa en don Carlos, interrumpieron a Aben-Hamet. Lautrec ocultó el rostro en sus manos; pero el moro, que leyó su pensamiento, le dijo con desgarradora sonrisa:

-¡Caballero! No perdáis la esperanza, y tú, Blanca ¡llora, eternamente sobre el último abencerraje! Blanca, don Carlos y Lautrec levantaron a la vez sus manos al cielo, exclamando:

-¡El último abencerraje! Un profundo silencio sucedió a estas palabras: el temor, la esperanza, el odio, el amor, la admiración, y los celos agitaban todos los corazones. Blanca cayó de rodillas y exclamó:

-¡Dios de bondad! Tú justificas mi elección: yo no podía amar sino a un descendiente de héroes.

-Hermana mía -dijo irritado don Carlos,- ¡no olvides que estás en presencia de mi amigo Lautrec!

-Don Carlos -respondió Aben-Hamet,- moderado vuestro enojo; mi deber es restituir la paz que involuntariamente os he robado. Y dirigiéndose a Blanca, que había vuelto a sentarse, le dijo:

-¡Huri celestial, genio del amor y de la hermosura, Aben-Hamet será tu esclavo hasta exhalar su postrer suspiro! Pues bien: conoce ya toda la extensión de mi infortunio. El anciano inmolado por tu abuelo al defender sus hogares, era el padre de mi padre: añade a este secreto otro que te había ocultado, o por mejor decir, que tú me habías hecho olvidar. Cuando vine la primera vez a visitar esta triste patria, era mi principal objeto buscar algún descendiente de los Vivar, que pudiese responderme de la sangre injustamente derramada por sus padres.

-¡Y bien! -preguntó Blanca con el acento de dolor, pero sostenida por el esfuerzo de un alma elevada,- ¿cuál es ahora tu resolución?

-La única digna de ti -respondió Aben-Hamet: -dar por nulos tus juramentos, satisfacer, mediante mi eterna ausencia y mi muerte, a lo que uno y otro debemos a la enemistad de nuestros dioses, a la de nuestra respectiva patria y a la de nuestras familias. Si mi imagen se borra algún día de tu corazón, si el tiempo que lo destruye todo, arrancase a tu memoria mi recuerdo... este caballero francés... debes a tu hermano este sacrificio.

Lautrec se levantó con impetuosidad, y arrojándose en brazos del moro, le dijo:

-¡Aben-Hamet! No esperes vencerme en generosidad; soy francés, Bayardo me armó caballero, he vertido mi sangre en defensa de mi rey, y seré como mi príncipe y mi padrino, sin tacha y sin reproche. Si permaneces entre nosotros, suplico desde ahora a don Carlos te conceda la mano de su hermana, y si abandonas a Granada, nunca importunaré a tu amante con palabras de amor. No llevarás a tu destierro la funesta idea de que Lautrec, insensible a tu virtud, aspira a utilizar tu desgracia.

Y el francés estrechaba al moro sobre su pecho, con el calor y la viveza del carácter de su nación.

-¡Caballeros! -dijo a su vez don Carlos,- no esperaba menos de vuestras ilustres razas. Aben-Hamet, ¿en qué señal podré reconocer por el último abencerraje?

-¡En mi conducta! -replicó Aben-Hamet.

-La admiro y respeto -dijo el español; -pero antes de explicarme mostradme alguna señal de vuestro nacimiento.

Y Aben-Hamet sacó de su pecho el anillo hereditario de los abencerrajes, que llevaba pendiente de una cadena de oro.

Don Carlos alargó entonces la mano al desventurado, diciéndole:

-¡Señor! Os tengo por un noble y verdadero hijo de reyes. Mucho me honran vuestros proyectos sobre mi familia y acepto desde luego el combate que en secreto habíais venido a buscar. Si quedo vencido, todos mis bienes, que en otro tiempo fueron vuestros, os serán fielmente devueltos: mas si renunciáis al propósito de combatir aceptad a vuestra vez lo que os ofrezco: sed cristiano y recibid la mano de mi hermana, que Lautrec me ha pedido para vos.

La tentación era terrible, mas no superior a las fuerzas de Aben-Hamet. Si el amor hablaba con toda su fuerza a su corazón, miraba por otra parte con espanto la idea de mezclar la sangre de los perseguidores con la de los perseguidos. Creía ver salir del sepulcro la sombra de sus abuelos para maldecir esta sacrílega alianza. Traspasado de dolor, exclamó al fin:

-¡Ah! Un cruel destino quiso presentarme aquí tantas almas sublimes, tantos caracteres generosos, para hacerme sentir más lo que pierdo. ¡Decida, Blanca, y diga lo que debo hacer para mostrarme más digno de su amor!

Blanca exclamó: Vuelve al desierto!- Y cayó desmayada.

Aben-Hamet, puesto de hinojos, adoró algunos instantes a Blanca con más fervor que al Cielo, y salió sin articular palabra. Aquella misma noche se encaminó a Málaga, donde se embarcó en un bajel que debía tocar en Orán, en cuyas inmediaciones halló acampada la caravana, que saliendo anualmente de Marruecos, atraviesa el Africa, pasa a Egipto y se reúne en el Yemen a la de la Meca. Aben-Hamet se confundió entre los peregrinos.

Blanca, cuya existencia había corrido graves peligros, recobró la vida. Lautrec, fiel a la palabra que había empeñado al abencerraje, se alejó para nunca turbar con una sola palabra, de amor o de dolor la habitual melancolía de la hija del Duque de Santa Fe. Todos los años iba ésta a vagar por las montañas de Málaga, en la época en que su amante acostumbraba regresar de Africa; sentábase en las mismas rocas, miraba tristemente el mar y

los lejanos bajeles, volvía en silencio a Granada y pasaba sus días entre las ruinas de la Alhambra. Y como ni se quejaba, ni lloraba, ni hablaba nunca de Aben-Hamet, cualquier extraño la hubiera juzgado feliz. Sobrevivió a su familia, pues su padre murió de pesar y don Carlos perdió la vida en un duelo en que Lautrec le había servido de padrino. Por lo que toca a Aben-Hamet, su paradero quedó enteramente ignorado.

Cuando se sale de Túnez por la puerta que conduce a las ruinas de Cartago, se encuentra un cementerio en el cual, debajo de una palmera y en uno de sus ángulos, me fue mostrado un sepulcro conocido con el nombre, de El sepulcro del último abencerraje. Nada tiene digno de atención; la losa sepulcral está intacta, aunque según la costumbre morisca, se ha practicado en medio de ella una ligera excavación. Las aguas llovedizas se reúnen en el fondo de esta copa fúnebre, y sirven en aquellos ardientes climas para aplacar la sed de las ave-cillas del cielo.